

IN MEMORIAM: PROF. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO

Mucho más que un amigo, un padre y un maestro

Prof. Julián García Sánchez

¿QUÉ se puede decir cuando quizá todo está dicho? A estas alturas, nadie ignora lo que ha hecho, no tanto por la Oftalmología como por sus otras muchas actuaciones en todas aquellas facetas que su desbordante actividad le permitió llevar a cabo, fundamentalmente tanto en la Universidad como en los medios de comunicación que, como no podía haber sido de otro modo, se han expresado unánimemente para llevar la noticia a todos los ámbitos, haciéndonos partícipes de sus logros, premios y distinciones, que han formado parte de una muy brillante trayectoria personal y profesional.

Y, precisamente ahora, me encuentro en la paradójica situación de que lo único sobre lo que yo podría escribir y/o hablar, probablemente a nadie le interesaría lo más mínimo. Además, por si eso no fuera suficiente, formaría parte de una intimidad de la que hace quizá cerca de 60 años, ambos prometimos no hablar en público.

Me encuentro por tanto totalmente desorientado pues, a la pérdida de una persona que, sin ser de mi familia, en muchos aspectos está incluso mucho más allá de esa barrera que, las normas en vigor imponen y, muchos consideran de «obligado cumplimiento».

Sin embargo, es muy cierto que, más allá de lo que se ha dicho y por encima de lo que se pueda o no se pueda decir, he sido durante más de diez años, testigo directo de su labor profesional en la Universidad, el propio Hospital Clínico y en su Clínica privada. Y, en las décadas siguientes, mi posición en las instituciones me permitió mantener una estrecha colaboración, desde ese lugar privilegiado, a través de mis numerosos proyectos comunes que pusimos en marcha «sin ruido», hasta que la llegada de nuestros sucesores hizo aconsejable pasar a un segundo plano, opinando «exclusivamente» cuando se nos preguntaba.

Está muy claro a esta altura de mis meditaciones que me estoy refiriendo al Profesor Don Manuel Sánchez Salorio que, a sus 93 años, ha dado fin a su estancia entre nosotros, no sin antes haber trazado una huella tan formidable que nadie puede ignorar ni olvidar.

¿Dónde podemos encontrar esta huella? Probablemente no estamos pensando en una huella única pues la que yo haya podido elaborar nada tiene que ver con la que otros hayan percibido; quiero decir con esto que, en ningún momento, voy a pretender que mis reflexiones sean ni mejores ni peores de las de las otras personas que con él hayan tenido relación. Ni siquiera voy a pretender que sean ni más exactas ni tan siquiera más fidedignas, simplemente deseo que no caigan en el olvido por no haber sido expresadas en esta especie de «ahora o nunca».

¿Por qué pienso que hubo un antes y un después? Quizá haya muchos que no han conocido «el antes», cuando cada mañana los Jefes de Servicio recorrían las salas para visitar a cada paciente, acompañados por todos los componentes de la plantilla, en una especie de macabro «desfile de la Santa



Quando fumar no era delitto. Sánchez Salorio entre los Dres. Méndez y García Sánchez.

Compañía», en la que se discutía casi del «sexo de los ángeles» acerca de las dolencias de cada caso, con frecuentes reprimendas a los «pobres alumnos internos» encargados de presentar el caso. La llegada del Prof. Sánchez Salorio supuso la desaparición radical de ese funesto hábito, pasándose a explorar a los pacientes que lo necesitaban en la consulta, sentados en la lámpara de hendidura, para valorar, «de verdad», lo que se tenía que modificar o mantener en la evolución postquirúrgica. Los Seminarios y Sesiones Clínicas que se pusieron en marcha por su iniciativa pasaron a hacerse en torno a «casos reales», que permitían conectarse con la realidad de cada día y en la verdadera formación de «lo útil», en lugar de aprenderse unas listas interminables de diagnósticos diferenciales sobre procesos que probablemente jamás nos íbamos a encontrar a lo largo de nuestra vida profesional. El Seminario Mensual (el Antiguo Carlo Erba), que se continuó en Cádiz y Barcelona y todavía persiste en el Hospital Clínico de San Carlos de Madrid, es una clara herencia de una idea que se puso en marcha alrededor de 1963-64 y sigue demostrando su utilidad tras seis décadas. Este Seminario se convirtió en el «Crisol» en el que se formaron los profesores de Oftalmología que, partiendo de la «BABY SCHOOL», inundaron la geografía universitaria española. También el Seminario fue el germen de la Sociedad Gallega de Oftalmología, pues a esos «terceros jueves» acudían cada mes numerosos oftalmólogos de toda la región para la puesta al día de conocimientos y esas «convivencias» mensuales permitieron desarrollar la idea de consolidar reuniones de mayor entidad en la que todos pudieran participar, invitando a profesionales cualificados de otros hospitales y Universidades de fuera de la región que diesen mayor prestigio, si cabe, a nuestras reuniones, que además adquiriesen el carácter de itinerantes para que cada ciudad pudiese contribuir a la organización de futuros eventos.

A nivel de la Formación de Postgrado, la Escuela profesional de Oftalmología se puso en marcha de inmediato: tan pronto el Prof. Sánchez Salorio obtuvo la Cátedra hizo la correspondiente solicitud y fue la segunda aprobada en España, tras la de Madrid. Con el paso de los años, cuando la formación MIR se consolidó, el Prof. Sánchez Salorio fue el primer presidente del Consejo Nacional de Especialidades que puso en marcha los criterios mínimos que se requerían para ser aceptado un Servicio para incorporar residentes.

Mientras su salud se lo permitió, acudió cada año a todos los Congresos de la Sociedad Española de Oftalmología, en la que recorrió todo «el escalafón» hasta la Presidencia y se encargó de organizar en varias ocasiones el Congreso Anual en Santiago de Compostela.

Probablemente su mayor contribución a la Oftalmología, que es quizá la más desconocida, fue su «empeño personal» hasta lograr que hasta los más escépticos se uniesen a la iniciativa (a empujones) de entrar en la convocatoria del Instituto Carlos III para la creación de las Redes Temáticas de la que, gracias a su iniciativa, pasamos a formar parte con la denominación de OFTARED; supuso, de alguna manera, dar visibilidad y ayudó poner en marcha, y de una forma coordinada, los centros de investigación oftalmológica nacionales, que estaban actuando sin apenas tener conocimientos unos de otros más que cuando se reunían en el Congreso anual de ARVO, en Fort Lauderdale (Florida). A partir de ese reconocimiento, la calidad y, sobre todo, el desarrollo de nuevos proyectos comunes entre centros supuso, como todo lo que «tocaba» la mano del Prof. Sánchez Salorio, un antes y un después de la Investigación Oftalmológica en España.

No sé exactamente cómo definir mi relación con D. Manuel. No puedo decir que era un AMIGO, pues estaba muy por encima de ese concepto; tampoco era mi PADRE, aunque muy a menudo se comportó como si lo fuese; y decir que fue mi MAESTRO tampoco creo que sea justo pues me dio mucho más de lo que ningún maestro haya dado jamás a sus discípulos. Sin ser mi amigo, ni mi padre, ni mi maestro, interpretaba cada día todos esos papeles simultáneamente. Por eso, lamentablemente, tengo que decirle ADIÓS, sabiendo que la huella de su voz persistirá en mí y llegará también, como él quería, a mis discípulos.



El Prof. Sánchez Salorio señalando a los Dres. Pita Salorio y García Sánchez el camino hacia la cumbre.

IN MEMORIAM: PROF. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO

En el recuerdo

José García-Sicilia Suárez

«NOTICIA, saludo y brindis». Sí, esta fue la primera noticia, el saludo y el brindis de honor que me hizo, que hizo a esta publicación, el Profesor Don Manuel Sánchez Salorio.

Con profunda tristeza, recibí la noticia de su fallecimiento. Por las circunstancias, no pude cumplir con dos deseos que habíamos hablado con verdadera ilusión. El primero, la celebración del 96 Congreso de la Sociedad Española de Oftalmología, que debía celebrarse en Santiago de Compostela del 23 al 26 de septiembre de 2020. La pandemia hizo que no se pudiera celebrar en esa fecha y hubo que aplazarlo hasta 2025. El segundo deseo, fue la promesa de ir a La Coruña a comer con él. Siempre le llamaba el 1 de enero para felicitarle por su Santo y este 1 de enero de 2023 quedamos para ir a comer con él y otros comensales a partir del 10 o 12 de enero, una vez pasadas las fiestas. A la segunda llamada del 22 de enero, día de su cumpleaños, tuve que darle la noticia del aplazamiento de esa comida con él y los otros contertulios pues sufrí un accidente que me impedía moverme y muchos menos viajar. Con gran tristeza, todos tuvimos que aplazarlo y el destino, nuevamente, lo impidió, esta vez definitivamente.

Siempre tendré los mejores recuerdos de su amistad y de las muchas horas en las que trabajamos en las publicaciones de la SEO en Congresos, cuando continuamos con el 'Studium Ophthalmologicum', proyecto lleno de ilusión y que, por las circunstancias y momentos que atravesaba entonces la falta de trabajos, así como por la gran oferta de publicaciones, tuvimos que abandonar.

Su espíritu abierto, su mente, cultura, inquietud y formación podrían perfectamente haber tenido conversaciones con PLATÓN, SOCRATES o ARISTÓTELES en una buena sobremesa, comentando y discutiendo puntos de vista, o incluso podrían haberse extendido a una buena cena o a otros muchos momentos con personas de la altura moral e intelectual de CICERÓN, SÉNECA, MARCO AURELIO o VIRGILIO, mencionados por él en el primer editorial de este periódico. Con VIRGILIO también hubiera sido una cena gloriosa, sin prisas, como a él le gustaba. Hubiera dado mucho juego tanto con los griegos como con los romanos, y con filósofos o con pensadores de la talla de Heidegger, Nietzsche o Kant; con todos ellos hubiera tendido una buena tertulia que no me hubiera perdido por nada del mundo. También hubiera sido extraordinaria con poetas como Goethe, Baudelaire y Verlaine. Le encantaba la poesía y era gran lector de todos los anteriores.

Y es que, independientemente de su gran formación académica y profesional dentro de la Oftalmología, de la que todos los que participan en este In memoriam dan fe, a Manuel Sánchez Salorio lo distinguía asimismo su densa y extraordinaria cultura, que se desprendía de sus escritos en distintos medios de comunicación, entre los que se encuentra 'La Voz de Galicia', utilizando a Corbus Corax o Procopio, que siempre nos enviaba por Santiago, dedicados, y que luego le encantaba comentarlo a posteriori en unos momentos realmente inolvidables. Así mismo le hice el zaguán de los sábados, que también comentábamos, como no podía ser de otra manera. Tengo que decir, en honor a la verdad, que aprendí mucho de su cultura, así como otros lo fueron de la escuela que él formó. ¡Qué discursos sin papeles desarrollaba! En ellos demostraba su dominio de la oratoria con una impronta y capacidad de comunicación realmente prodigiosa.

Por eso, permítanme que insista: él hubiera dado mucho juego con todos los poetas y filósofos que he mencionado. Como mínimo, estaba a su altura. Para mí, ha sido un privilegio y un honor haber compartido con él tantos momentos irrepetibles. Todos han quedado atrapados en mi vida...

En el recuerdo.

Gran maestro de la vida

Dr. Juan A. Durán de la Colina

TRATAR de definir a Manuel Sánchez Salorio se hace tarea imposible porque, entre otras cosas, él no se hubiera dejado. Era a la vez, con la misma intensidad y de forma natural, de Santiago y de La Coruña, de Galicia y del mundo, de la Universidad y de la clínica. El resultado de sus lecturas, de sus viajes, de sus vivencias y de sus reflexiones le hizo ensanchar su mente y erigirse en una persona libre.

Narraba sus experiencias añadiendo una dosis justa de ingenio, la que provenía de su ansia por embellecer la vida, como en 'Big Fish' el padre contaba al hijo la suya. Una cena con él se convertía en una función en la que se combinaban erudición, ironía, talento y polémica. El punto culminante llegaba cuando entornaba los ojos y esbozaba su sonrisa de pilluelo para emitir la siempre sorprendente y aguda sentencia final. Inolvidables momentos.



Viajar con él a congresos era todo un privilegio, pues se convertía para nosotros en «reviewer» científico, cicerone y disfrutón de la gastronomía. En ese entorno, desde nuestros momentos de iniciación, nos abrió el acceso a los grandes nombres de la Oftalmología, que le admiraban. Nos contagiaba su curiosidad, tan escasa hoy en día, y se entusiasmaba con los avances científicos, a los que dotaba de una nueva perspectiva y trascendencia. Volvíamos de ese viaje, si no cambiados, sí con una mirada renovada del mundo. Habíamos aprendido ciencia y aprendido a disfrutar. Es que, además, entre otras cosas, era una persona muy divertida.

El mundo de la Oftalmología y él mismo se conocían mutuamente. Nos mostró que había un pasado que respetar y un futuro que fraguar. Siempre generoso en la transmisión de su conocimiento, tuvo el mérito de fomentar en nuestra comunidad oftalmológica un clima cordial, que fertilizó sobre nuestro desarrollo profesional y personal. Trataba con la misma cercanía y cordialidad a figuras consagradas como a modestos especialistas de pueblo, y desdeñaba a quienes mostraban soberbia o arrogancia. Pocos fueron los que no le quisieron, pienso que por desconocimiento, envidia o incomprensión, pero es bien cierto que todos le respetaban.

Su carácter se forjó, como decía Goethe, en la tormenta de la vida. Circunstancias familiares determinaron su infancia infeliz y solitaria, que él reconocía. Probablemente esa soledad dio paso al talento que le condujo a abrazar un compromiso vital insobornable. Fue oftalmólogo, pero hubiera ejercido cualquier otra profesión del mismo modo que hizo con la suya: con intensidad, inconformismo y notoriedad. No sabía hacerlo de otra forma. Su espíritu crítico estaba sustentado por la razón, nada que ver con la queja o el lamento.



En la imagen, el Dr. Elio Díez-Feijóo, Prof. Sánchez Salorio, Henri Chibret y Dr. Juan A. Durán de la Colina.

Una mirada a su biblioteca permite entender su esencia: historia, sociología, filosofía, ..., y una obra poética que explica en gran parte la brillantez de sus discursos. No faltan las guías de viaje y de ciudades. Convivía entre la obra universal de Steiner, Popper, Paz, Weber, ..., y la «enxebre» de Cunqueiro y Castelao. Todo ello en el entorno tan suyo de La Zapateira que, al final de sus días, convirtió en su zona de confianza. El lugar que compartía con Helena, la mujer de su vida. También en donde practicaba su afición favorita, el golf, sobre el que creó una filosofía propia. Todo lo impregnaba con su humanismo desbordante.

A quienes tuvimos la inmensa suerte, no ya de conocerle, sino de participar en algunas fracciones de su vida, su ausencia nos deja sentimientos de orfandad, de gratitud, de admiración y de vacío. Profesor Sánchez Salorio, Dr. Salorio, Don Manuel, Jefe, tío Manolo, nos has enseñado a muchos que la vida merece ser exprimida y disfrutada. Por eso somos muchos los que te estamos tan agradecidos y que entendemos que, con tu presencia, el mundo se tornó un lugar más atractivo.

Innovador y de una inteligencia difícil de superar

Prof. José García Campos

EN una mañana de un jueves del mes de abril nos ha dejado Manuel Sánchez Salorio, Catedrático y Jefe de Servicio de Oftalmología, así como ex-presidente de la Sociedad Gallega y Española de Oftalmología. En los casi 10 años que pasé en Santiago de Compostela, múltiples son las anécdotas y los recuerdos, pero lo más importante es que mi formación como persona y oftalmólogo no hubiera sido la misma sin la presencia del Jefe.

Le recordaré siempre como una persona generosa en la docencia, con una muy significativa experiencia en la asistencia clínica, innovador en otras facetas de nuestra especialidad y de una inteligencia difícil de superar. Muchos han sido sus alumnos, como yo, que nos hemos formado en Santiago de Compostela y, aunque algunos estamos jubilados, hemos ocupado pues-

IN MEMORIAM: PROF. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO



De izda. a dcha.: Prof. Juan Durán, Prof. Alfredo Domínguez, Prof. Manuel Sánchez Salorio, Prof. José García Campos, Dr. Clemente Lastres y Dr. Ángel Segade, en el Congreso de Sevilla, de 1978.

tos de cierta relevancia en la Universidad y Servicios de Oftalmología. Era una mezcla del catedrático universitario formando escuela y la experiencia en la asistencia, diagnosticando y tratando enfermos.

Jefe, nunca le olvidaremos.

Maestro de maestros*

Prof. Francisco Gómez-Ulla de Irazazábal

PARECÍA que nunca llegaría el día, pero el inexorable paso del tiempo ha vuelto a dictar sentencia. Esta tarde el Dr. D. Manuel Sánchez Salorio ha dejado el mundo que tanto quería y que supo como nadie expresar hasta el final. Cierro los ojos y rápidamente a mi memoria llegan tantos recuerdos... Desde mi niñez, viéndolo bajar de un deportivo rojo -creo que era un Sunbeam- en la calle Compostela donde, en el número 6, el edificio anterior a donde nosotros vivíamos, tenía su casa y su consulta. Alto, con un pelo rubio intencionadamente poco peinado, sonriendo, con aire de triunfador y dejando el coche siempre un poco atravesado.

En la Facultad de Medicina era el gran profesor que todos los alumnos queríamos ver y asistir a sus clases porque eran diferentes; ilusionaban, enseñaban no sólo la asignatura, sino que prendían la mecha de la curiosidad por la búsqueda de lo desconocido. De hecho, lo nombramos Padrino de nuestra promoción de licenciatura del 75. Un poco antes, haciendo unas prácticas en verano en el Servicio de Oftalmología, que él dirigía, viendo sus sesiones clínicas y su capacidad de liderazgo, me di cuenta de que yo también quería ser oftalmólogo y que ya tenía mi modelo, el espejo en el que intentaría mirarme.

El Dr. Salorio siempre estaba rodeado de sus alumnos y de los médicos que con él se formaban y trabajaban, que lo mantenían siempre joven. Disfrutaba con ellos. Le gustaba en verano acabar la consulta e ir a las playas de Noia para seguir hablando de Oftalmología, de su visión de la vida y de los planes a corto, medio y largo plazo. Leía como nadie el futuro y los movimientos a su alrededor. Le gustaba decir «que la flecha que se ve venir siempre viene más despacio». Gran conversador, brillante escritor y conferenciante, su



En Venecia, en ISFA'90, con Larry Singerman y Francisco Gómez-Ulla.

preparación intelectual, su cultura, su humanismo y su capacidad analítica le daban una cierta ventaja y le servían para ser el centro de todas las reuniones.

Recuerdo tantos viajes que hicimos a congresos: Nueva York, Chicago, Los Ángeles, San Francisco, La Habana, Venecia, París, Berlín... Siempre animándonos a presentar trabajos y apoyándonos en nuestras intervenciones y presumiendo de nosotros como el más orgulloso de los padres. Recuerdo su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Coimbra, su Presidencia de la Sociedad Española de Oftalmología, los congresos que hacíamos en Santiago y a los que asistían tantas personalidades oftalmológicas nacionales e internacionales; las sesiones clínicas semanales, los seminarios mensuales de la Cátedra; la celebración de sus cumpleaños, que eran una fiesta de todo el Servicio.

Tenía todas las características de un líder y ejercía como tal. Supo hacer de una esquina de España el centro del mundo oftalmológico. Porque destacable fue su amor y compromiso con Galicia. Como buen entrenador, movía el banquillo como nadie, sabía manejar las pasiones humanas, los intereses de las diferentes personas. Su capacidad para tomar decisiones y gestionar crisis era indudable. Inventó las Subespecialidades dentro de la Oftalmología o por lo menos se dio cuenta de su importancia para hacer avanzar a la ciencia y las potenció como nadie, convirtiendo a Santiago en un motivo más de peregrinaje.

Le gustaba decir que había que convertir «el castigo del trabajo en el disfrute por el trabajo» llevándolo a la práctica en su vida personal y profesional y consiguiendo que fuese de forma natural un estilo de vida. De tal manera que supo compaginarla con una vida de erudito, escritor y humanista, interesado siempre en el hombre como centro de todo lo que sucede.

Quizás uno de sus mayores logros ha sido conseguir, con toda naturalidad, ser «maestro de maestros» y formar una escuela formadora de oftalmólogos de fama internacional que llevó al gran Bietti a definirla como la «baby school».

Sin duda no se podrá decir del Prof. Sánchez Salorio lo que, amargamente, dijo el Libertador Simón Bolívar en sus últimos días: «sembré en el mar, aré en el viento».

Descanse en paz.

* Una parte abreviada de este artículo fue publicada en «La Voz de Galicia» el 19 de marzo de 2023

Un maestro tal como lo veíamos

Dr. Elio Díez-Feijóo Arias

CUANDO hacemos memoria de lo que ha significado e inspirado el Profesor M. Sánchez Salorio, descubrimos un sentimiento común de reconocimiento y gran admiración. Los que hemos compartido con él tiempos felices desde la creación del Instituto Galego de Oftalmoloxía, nos une además una profunda gratitud.

En los últimos años el «Jefe» lideró una organización, como otras anteriores, fiel a la dialéctica del «reto y la respuesta». Con la llegada de nuevas y sofisticadas tecnologías en el campo de la Oftalmología, creó un instrumento autogestionado con mayor flexibilidad, capaz de adaptarse a la novedad y a las necesidades del paciente. Una microorganización que él denominó «la comuna organizada», en la que nos acogió a todos y nos facilitó los medios para desarrollar nuestros proyectos oftalmológicos y docentes, consiguiendo ejercer, sobre todo el que le rodeaba, una constante incitación para sacar lo mejor de sí mismo, en un lugar de trabajo amable, técnicamente pionero y económicamente rentable.

Era ante todo un profesor de vocación, un maestro y un intelectual con un entusiasmo por enseñar que llevó su espíritu humanístico a la docencia y al ejercicio profesional. Presentaba la Oftalmología, en las primeras sesiones clínicas de la mañana, como «El discurso oftalmológico». Debatía en los Seminarios de la Cátedra y exponía las conclusiones, buscando tanto un interés académico como práctico para el ejercicio profesional. Animó los foros científicos y congresos, ideando nuevas formas de transmitir conocimientos con sugerentes títulos: «Controversias en Oftalmología», «Mythos y Logos de la cirugía» o «Momentos Estelares», dignificando el valor del razonamiento y la argumentación.

Ese interés por enseñar lo mantuvo hasta el final, cuando en los últimos años salía del despacho para guiar a los alumnos en prácticas por un recorrido de magníficas láminas del Atlas alemán de Hans Sautter que él había traído para ilustrar los pasillos del INGO. También era conocida su afición a prolongar las reuniones alrededor de una mesa, disfrutando de una cena y discutiendo un proyecto de Tesis o el programa de un congreso en un ambiente relajado y sin aparente final.

El relato de su vida nos descubre muchos Salorios, con una personalidad desbordante, donde la curiosidad constante por aprender y entender le mantenía interesado y en alerta constante. Sus diferentes capacidades las administraba con elegancia y, a pesar del aire desenfadado, aplicaba voluntad y disciplina al trabajo en cualquiera de los ámbitos que le ocupasen. Ya lo había escrito en su Ponencia de la SEO de 1972 (Atlas de retinopatías vasculares), citando a Ovidio: «lo que ahora parece razonable, al principio solo fue impulso y coraje».

Salorio es una «marca» de calidad, con un claro significado de excelencia, originalidad y, por supuesto, poder.

En el INGO se refugiaba para crear sus prólogos, escritos literarios, ensayos publicados como El zaguán del sábado o Procopio, donde reflexionaba sobre acontecimientos recientes inspirados en viajes o lecturas analizando el paisaje social y humano. Aquí tenía acceso a la búsqueda de algún dato rescatado en Google y, en su biblioteca de la Zapateira, pulía con la relectura, volviendo sobre sus volúmenes de literatura y filosofía, llenos de reglones subrayados que, en gran parte, almacenaba en su memoria.

Era un narrador por naturaleza, contador de historias que trasladaba con lucidez a sus discursos y tertulias. Exprimía las palabras buscando el sentido

IN MEMORIAM: PROF. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO



De izquierda a derecha: Pedro Pacheco, Consuelo Ruiz, M.ª José Copena, Profesor Sánchez Salorio, Belén Pazos, Elío Díez-Feijóo e Isabel Lema.

de la etimología y practicaba el entrenamiento de la memoria recitando versos o párrafos completos de sus autores favoritos, como Rilke, Hölderlin o Machado.

Ese talento le permitía construir una oratoria escenificada que, además de citas eruditas y alguna provocación semántica, manejaba con el dominio de la pausa y la cadencia, manteniendo al auditorio siempre expectante a su mirada diferente de las cosas.

Se mostraba feliz y seguro rodeado de amigos o discípulos, a los que amenizaba con ingeniosos comentarios. Fue excelente compañero de tantos viajes. Disfrutaba, incluso, en aquellas escapadas de «trotamundos» recorriendo Europa para asistir al E.U.P.O Course. Siempre preparado para aprender y analizar, actuaba como anfitrión en cualquier parte del mundo, tomando notas para sus breves discursos de agradecimiento, siempre cordiales, con alguna dosis de ironía, capaz de sorprender en todos los escenarios: la recepción oficial en La Habana, el Club del Petróleo en Houston o la embajada de España ante la Santa Sede.

El Profesor vivió una vida completa y feliz, con un reconocimiento en toda la extensión de sus actividades profesionales e intelectuales, que prolongó, activamente, sacando partido a su personalidad ilustrada, pero también a su espíritu divertido y vital. Como solía decir «la vida es como andar en bicicleta, si dejas de pedalear te caes».

En cierto modo seguimos con él, en su ejemplo, su filosofía de la vida y su referencia. Lo hemos despedido con un hasta luego, lleno de afecto y admiración, seguros de que volveremos a sus citas eruditas, sus reflexiones lúcidas, sus lecciones y sus controversias.

Nuestro agradecimiento por los tiempos compartidos con el recuerdo de «ser tal como lo veíamos»: un maestro y un amigo.

Oftalmólogo universitario, filósofo epicúreo y humanista poliédrico

Prof. José A. Fernández-Vigo

CON 12 años, estudiando Ciencias de la Naturaleza, decidí hacerme oftalmólogo. A los 16 años, en el mismo colegio de los Jesuitas de La Coruña, conocí al Profesor Sánchez Salorio (41 años), que dictó una conferencia sobre la Universidad a los alumnos de COU. Dos fechas claves en mi vida. La tercera fue cuando, siendo alumno de 4º de Medicina en Santiago, aprobé las oposiciones de alumno interno de la Cátedra de Oftalmología. A partir de ese momento comienza una vida llena de intensidad y de libertad de creación. Para la Oftalmología, la escuela de Santiago era como la de Atenas a la Filosofía, un totum revolutum, una anarquía perfectamente engrasada, donde todos los elementos, independientemente de su brillantez, jugaban un papel clave, cuya actividad tenía culminaba en el seminario científico, la distendida cena entre compañeros y las copas en Don Juan.

El Jefe se convierte en un elemento clave en la vida profesional de muchos de nosotros. Su vida ha sido tan larga y su muerte tan corta que nos ha cogido a todos a contrapié, cuando creíamos que iba a estar aquí para siempre. Nunca medité sobre el posible fallecimiento del Jefe, nunca me lo planteé.

Reflejar en unas líneas la personalidad poliédrica del Profesor Salorio se hace hartito difícil y mucho más su obra. Me gustaría centrarme en un enfoque sobre su persona, sobre su personalidad. Lo que percibí a lo largo de los 50 años desde que lo conocí. Profesionalmente, era un brillante y experimentado oftalmólogo, pero quizás sus rasgos más definitorios sean su filosofía de vida y sus múltiples facetas. Nunca le oí definirse desde un punto de vista filosófico, pero, si hago caso de mi experiencia vital con él, lo consideraría un epicúreo. Su conversación tocaba múltiples áreas, entre ellas la filosofía. Al margen de Ortega, Salorio hablaba de Sócrates y su mayéutica cuando disertaba sobre la docencia. Pero creo que era más post socrático que socrático. Supongo que él era consciente de su forma de vivir. Pero yo, hasta que estudié algo de Filosofía, no fui capaz de comprender la suya. A Salorio le apasionaba la vida y la disfrutaba. En la dicotomía clásica de la filosofía helenística entre «buscar el placer o

huir del dolor», él marcadamente se inclinaba por la primera, pudiendo llegar al hedonismo. También tenía algunos momentos filosóficos cínicos (por favor, no confundir con la acepción actual del cinismo, que es la opuesta), pero nunca le he visto como un estoico. Siempre disfrutando, controlando lo justo las pasiones y dejándose llevar por la ilusión.

¿Por qué epicúreo? El epicureísta trata de vivir una vida buena, sin sufrimiento, pero, al contrario que los hedonistas, no sólo busca el placer sensorial, sino sobre todo el intelectual. Salorio adoraba una buena mesa, pero no tenía que ser lujosa. Disfrutaba igual de una cena elitista, en los mejores restaurantes de Santiago o París, que de las populares que organizaba Pepe Moreiras en el mesón San Jaime. Como los cínicos, también disfrutaba de unas simples sardinas en la playa de las Gaviotas los jueves de julio, cuando despuntaba el verano, o de unas tortillas en Cacheiras. Suspiraba por los pimientos rellenos que hacía Carmela Capeáns en Negreira o se tomaba un chuletón en El Molino (¡Pepe, me decía, qué envidia me das, comes lo que quieres y no engordas!). En el mes de julio era obligada la excursión a la casa de la playa del oftalmólogo zen, Julián García Sánchez, para nadar en las aguas de Areas. Siempre disfrutando con sus amigos y discípulos.

Pero Salorio gozaba todavía más de una buena conversación o de una intensa discusión científica. Le gustaba razonar y crear cualquier cosa que colmara su ansia de conocimiento, como su impresionante biblioteca, sus numerosos escritos, sus editoriales oftalmológicos de 'Studium' y los ensayos periodísticos de Procopio en 'La Voz de Galicia'. Recuerdo con nostalgia sus festivos y gamberros cumpleaños y las cultas reuniones con motivo de su onomástica en su casa de la calle Compostela primero y después en la Zapateira, con Domingo García Sabell como moderador de una tertulia literaria que duraba horas, sus cafés-tertulias en el Aero Club antes de la consulta, su participación de la mano de los inolvidables Luis Marcos y Antonio de Senillosa en el club cultural «El Reloj», fundado por unos PNNs de Oftalmología como nos definió 'El Correo Gallego', y a la que asistieron personajes ilustres de la política y el periodismo de la Transición, como Fernando Onega, Pepe Oneto y otros muchos, todos sorprendidos por su vasta cultura. Y, desde el punto de vista científico, las discusiones sobre casos clínicos y trabajos de investigación en el primigenio Carlo Erba, después denominado Seminario, y en las largas sesiones nocturnas en su casa de Dr. Teijeiro en Santiago, en medio de la bruma espesa provocada por el humo de los cigarrillos a medio consumir y la tenue luz de su despacho. Epicuro, como Salorio, formó su propia Escuela, que rompió moldes con respecto a las escuelas dominantes. Allí se reunían los epicúreos para aprender Filosofía, totalmente enfrentados a las otras corrientes filosóficas más elitistas. La Escuela de Santiago también rompió moldes con un catedrático accesible, liberal, culto, humanista, algo bohemio y soñador, amante de la noche y de sus secretos, donde todos, alumnos incluidos, éramos aceptados, teníamos nuestro papel y trabajábamos entusiasmados. Epicuro predicaba la amistad y la solidaridad, pero recomendaba huir de la política. Salorio, como Epicuro, nunca cayó en la tentación de la política. «Siempre cerca del poder, pero nunca en el poder», le oí decir en más de una ocasión. Pero siempre valoró la amistad, Julián, Demetrio, Alfredo, José Carlos, los Pepes, Juan, Francisco, Carmela, Tita, Manolo Sáñez y tantos y tantos otros que lo acompañaron a lo largo de los años pueden testimoniarlo.

Salorio también tenía su punto aristotélico. ¿Qué decía el maestro de Alejandro Magno? Para lograr la buena vida hay que practicar la virtud y usar la razón, pero también son necesarios bienes externos, como una familia, un entorno social que te apoye, cierto nivel de educación, salud y riqueza e, incluso, una buena apariencia física. ¿Le faltaba algo a Salorio para cumplir los requisitos?

Con el Jefe no se aprendía solo de Oftalmología, sino a vivir la vida, a disfrutarla. Tenía tantas facetas, tantos ángulos, tanta valía, que se podría escribir sobre cada una de ellas un tratado, para lo que no estoy capacitado. Alguien lo hará. La vida me ha permitido ser testigo de una trayectoria brillante desde que yo tenía 16 años hasta los 67 actuales; es un largo testimonio de una vida llena. Se dice que morimos en paz cuando, al volver la vista atrás, vemos que hemos sido fecundos. El Jefe, sin duda, ya está en la buena vida que persiguió durante 93 años.



La Escuela de Santiago de Oftalmología. Versión libre sobre el fresco de Rafael de título 'La Escuela de Atenas', ubicado en la Signatura de la Stanza del Vaticano.

IN MEMORIAM: PROF. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO

Una inteligencia poco común, una mente privilegiada

Dr. José Vicente Pérez Moreiras

«Uno debiera jubilarse cuando se aburriera» (Manuel Sánchez Salorio)

NOS ha dejado el Profesor, maestro y humanista Manuel Sánchez Salorio, un hombre del Renacimiento que ha dedicado su vida a la docencia y formación de oftalmólogos en la escuela gallega de Oftalmología de Santiago de Compostela. De la escuela compostelana han salido más de 180 oftalmólogos, que han aprendido a ser oftalmólogos clínicos y cirujanos de ojos desde 1963. Nunca ha querido dejar Santiago por mucho que intentaron llevárselo a Madrid.

Esperábamos su jubilación a los 70 años, y ha sido él quien ha jubilado a la mayoría de sus discípulos porque él lo decía continuamente, vivir no es necesario, navegar sí, para no caer en la cándida melancolía de la edad y de la jubilación. No les voy a hablar sobre su faceta humanista, ni de escritor, ni de su amplísimo curriculum, que ustedes conocen bien. Les hablaré de mi maestro y de su influencia en mi vida profesional, que ha marcado desde que lo conocí como alumno de cuarto de Medicina, con 21 años, y él con 39 años como jefe del Servicio de Oftalmología que venía los martes de la Coruña en su precioso descapotable rojo, marca Sumbean, melena al viento, para consultar en el primer piso del viejo chalet frente al Hospital Provincial de Santiago.

El te enseñaba para que aprendieras, mejoraras y perfeccionaras lo que te explicaba en los seminarios y en las reuniones mensuales. Algunos hemos tenido la suerte de pasar horas y horas de trabajo en su casa, de 10.30 de la noche hasta las 2-3 de la madrugada, 3 días a la semana. Tenías que ir cenado y bien hidratado, dada la intensidad de sus razonamientos y explicaciones. En esas noches aprendías para toda una vida profesional cómo razonar la Oftalmología y, en mi caso, la órbita, que era el tema principal de casi 10 años de traspasos.

Ustedes se preguntarán porqué me he dedicado a la patología orbitaria y tiroidea desde mis años de residente, después de pasar 3 años de estudiante como alumno interno en Oftalmología, llevándole el famoso carrusel de Kodak a la Facultad de Medicina a los Profesores Julián García Sánchez, Carlos Lopez Nieto y Manuel Sánchez Salorio, para dar clase a los alumnos de quinto de Medicina 2 días a la semana durante todo el curso. Tiene su explicación y se la voy a contar.

En el segundo año de residencia, le pedí a mi maestro, el Profesor Salorio, que me dejara operar porque la cirugía ocular era mi pasión; desde niño me encantaba disecar pájaros, como jilgueros y canarios, lo cual me resultaba fácil y sencillo. Me explicó que todas las subespecialidades estaban repartidas entre los adjuntos del Servicio y que si quería operar eligiera los campos que nadie operaba. Aquel día tomé la decisión de elegir la oculoplástica y la órbita como única salida a mi formación quirúrgica.

Empezamos a operar párpados, ptosis, tumores y órbitas con otorrinos, plásticos y neurocirujanos. El jefe, como le llamábamos en el servicio, se sentía feliz de poder liberarse de un campo que no le atraía lo más mínimo, dado lo lejos que esta patología estaba del glaucoma y de la catarata.

En 1976 me animó a ir a Londres, al Moorfields, varios meses con John Wright, cirujano de órbita, con Welham de lagrimal y Lloyd radiólogo del hospital. A raíz de mi vuelta al hospital, empezamos él y yo, por las noches, en su casa, una etapa fantástica, llena de creatividad sobre la patología orbitaria. A veces comentaba en el hospital que «le gustaría vivir de sus maestros hasta que pudiera vivir de sus discípulos». En mi caso sí sucedió, con la gran ventaja que él escuchaba lo que había aprendido en mis viajes por hospitales del mundo, lo mejoraba con un razonamiento clínico inmejorable dada su capacidad de síntesis y de conocimiento de la patología ocular.

Cada verano me desplazaba al Hospital Quinze-Vingts, a París, para aprender Radiología simple, TAC con los Profs. Emmanuel Cabanis y María



De izq a Dcha: Prof. Manuel Sánchez Salorio, Dr. José Vicente Pérez Moreiras y Prof. José Ignacio Barraquer durante el Congreso de la SEO en 1986 en Barcelona. El Dr. Pérez Moreiras está dedicándoles la ponencia de «Patología Orbitaria».

Teresa Iba Zizen y Ecografía de Órbita con el Dr. Verges. Con esta formación se cerraba el círculo de lo que él quería para crear un Centro de Órbita que fuera referencia autonómica y nacional. Compartíamos la Órbita por las noches como 2 compañeros de trabajo que intentaban alcanzar una meta en la cima de una gran montaña.

El fruto de largas noches de trabajo ve la luz en el momento en el que el jefe planifica cómo explicar la órbita a residentes y oftalmólogos que quieran hacer la especialidad de Órbita, hasta ese momento desconocida en la Península Ibérica y en casi toda Sudamérica. Crea la lección más bonita que uno puede imaginar con el título: «Del síntoma al diagnóstico en la patología orbitaria», Conferencia que presenta en el Congreso Hispano-Luso-Brasileiro, en 1982. Llama la atención de los oftalmólogos y decide dedicarse a impartir conferencias y cursos de varias horas sobre Patología Orbitaria por todos los países.

En 1982 la Sociedad Española de Oftalmología nos vota para presentar la ponencia de la Sociedad, en 1986, sobre Patología Orbitaria en el Palacio de Congresos de Barcelona. Gracias al jefe, se expone la conferencia al estilo Barraquer, con 3 proyectores simultáneos, en los que van la imagen de la cara, ecografía A y B y TC para cofirmar el diagnóstico inicial. En el transcurso de finales de los años 1980, con la llegada de la RMN, el Profesor Salorio pide más profundidad en el estudio de la órbita, buscando lo mejor de cada prueba, incluída la anatomía patológica, haciendo uso de la cita de Ernst Junger que dice « El arte supremo de mandar consiste en señalar metas que sean dignas de sacrificio». En los años siguientes se publican varios libros-atlas sobre Patología Orbitaria y Tiroidea (1993-98, 2003 y el último de ellos en 2018, con más de 5.000 casos clínicos de órbita y tiroideas). En todos ellos se expone la evolución del uso de la telelupa a la microcirugía con las nuevas vías de abordaje por pliegues palpebrales y conjuntiva para los tumores orbitarios extra e intracónicos sin osteotomía de la pared lateral; cirugías de 3 horas se hacen en 30-40 minutos. El Profesor Salorio escribía en 1985 la realidad de 10 años después con las palabras de Ovidio en el «Ars Amandi: lo que ahora aparece como razonable, antes fue un deseo impetuoso».

Para él, la órbita era un territorio complicado, un «meeting place» donde a la vez compiten oftalmólogos, otorrinos, plásticos, neurocirujanos, oncólogos y maxilofaciales. La órbita es nuestra frontera, nuestro «far-west» particular, donde los confines y límites de las áreas de competencia no están fijados de antemano por un código aceptado por todos, sino que hay que conquistarlo y afirmarlo cada día a golpe de inventiva, estudio y esfuerzo personal.

He trabajado muchos años, durante muchas noches, en la Órbita con mi maestro el Prof. Salorio. A él, con su inteligencia tan poco común, debo todo lo que se ha hecho sobre esta patología, gracias a su mente privilegiada y a saber leer el futuro. Ha creado una nueva subespecialidad en la Oftalmología española, que trasciende más allá de los mares. Todo esto que ahora parece tan lógico ha sido diseñado por una mente privilegiada, que ha marcado las directrices en las que yo he sido un buen obrero de mi maestro, a quien debo todo hasta el final de mis días.

El maestro Salorio hablaba y fumaba sin parar, era vital, barroco, soñaba con mejorarlo todo en el Servicio de Oftalmología y para ello nos necesitaba y te arrastaba para que te ilusionaras; sabía que lo conseguiría si tú te sumabas al esfuerzo, sin fatiga para alcanzar lo que inicialmente parecía un sueño.

El maestro y Profesor Sánchez Salorio y yo hemos convivido y compartido casi 50 años el mismo sueño por la Oftalmología y por la Órbita. Hemos comido juntos, operado juntos hasta en los aviones de la fundación Orbis, en Madrid y Santiago, reído juntos, hemos jugado al golf juntos y hasta hemos discutido de órbita, como es lógico en la convivencia de tantos años. Le juré, el día que se jubiló del hospital, que él sería mi único jefe, que nunca tendría otro jefe. He cumplido mi palabra.

Nos ha dejado un legado extraordinario a quienes han querido aceptar la lucha por la Oftalmología. Hemos disfrutado de conferencias únicas por su erudición. Él seguirá vivo en mi mente, con el recuerdo in memoriam de discípulo agradecido. Somos hijos de nuestros padres al principio y después también de nuestros maestros.

Como él decía: «La vida es una conversación interminable».

Para hablar es necesaria la palabra ¿qué es la palabra?: «Una brizna de viento que se escapa entre los labios».

Una huella imborrable

Prof. José Carlos Pastor Jimeno

EL fallecimiento del profesor Sánchez Salorio (Don Manuel), estoy seguro que ha conmovido a muchos oftalmólogos, que le han reconocido siempre como una referencia, a muchos gallegos, por su escribir ingenioso y dinámico, y a la Universidad de Santiago, su alma mater durante muchos años.

Creo que está fuera de duda que, desde su juventud en la cátedra, su entusiasmo contagioso y su verbo fácil y erudito, cambió una Oftalmología gris, triste y casi sin relevancia, heredada de la postguerra, por la Oftalmología española que hoy disfrutamos. Y su ejemplo de organización del servicio por unidades, de la creación de la formación continuada y el impulso a sus colaboradores, para que «salieran fuera» y vieran otro mundo, tuvo un efecto de contagio por todos los rincones de nuestro país.

Sus discursos, siempre brillantes, llenos de citas de filósofos alemanes, hicieron que se atrajera la atención de otros ámbitos de la sociedad, ajenos a nuestra especialidad, hacia una parte de la Medicina cuya relevancia acadé-

IN MEMORIAM: PROF. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO



mica era escasa y que de pronto descubrieran que los oftalmólogos también formamos parte de la universidad.

Pero estoy seguro de que otros compañeros habrán resaltado estas realidades. Por eso, en este, mi modesto homenaje, solo voy a contar algunas anécdotas que espero ayuden a completar la enorme figura, el gran personaje que fue Don Manuel. Y a esbozar en los lectores una sonrisa.

Corría el año 1977 y yo dirigía mi primera tesis doctoral a Fabiola Eder Labairu, en la Universidad de Navarra. Como en aquella época hacía falta un catedrático que actuara de «valedor» de las tesis, mi maestro, Don Diego Díaz Domínguez, me sugirió que fuera Salorio. Le telefoneamos durante semanas porque siempre parecía estar en «otro sitio». Finalmente llegó la ansiada cita. De Pamplona a Santiago, en un 127 rojo y por aquellas carreteras, se tardaban unas 11 horas.

Fabiola y yo llegamos muertos y, tras reservar el hotel, nos dirigimos al Hospital Xeral, que era donde Salorio tenía su consulta «privada». Serían las 8 de la tarde. Paró un momento el enorme «follón» de consulta que tenía, nos saludó y nos comentó que un paciente agradecido le había regalado una centolla y que a las 10 nos esperaba en su casa. La verdad es que a mí lo que me apetecía era tirarme en la cama, pero no iba a hacerle un «feo» a Don Manuel. Así que Fabiola y yo nos metimos dos cafés solos-dobles.

A las 10 llegamos a su casa, sacó la centolla y una botella de Ribeiro y estuvo charlando con nosotros. Bueno, en realidad, él hablaba y nosotros hacíamos esfuerzos para no dormirnos.

A las 11:30 de pronto dijo: «vamos a cenar, que tendréis hambre». Yo pensé, «este hombre está loco, ¿quién nos va a dar de cenar a estas horas?». Claro, yo no conocía a Don Manuel y en el restaurante la Tacita de Plata eran incapaces de ponerle pegas al Profesor Salorio. Yo no me acuerdo qué cené, si es que cené algo, porque literalmente me dormía. Por fin, a las 12:30 de la noche, Don Manuel se levantó y nos dijo: «Habéis venido a que yo vea la tesis, ¿verdad?». «Sí, Don Manuel», contesté yo con un hilo de voz. «Pues vamos a mi casa y nos ponemos a ello».

Dios mío, no me lo podía creer. En una habitación cerrada, su biblioteca, fumando un puro (yo nunca he fumado nada) y con una botella de anís seco, estuvimos repasando la tesis hasta las 2:30 de la mañana. Al día siguiente, en el viaje de vuelta, Fabiola y yo fuimos incapaces de mantener una conversación en los más de 900 kilómetros que recorrimos.

Poco imaginaba que, en abril de 1979, llegaría a aquel Servicio como Profesor Agregado de Oftalmología. Perdón, como «residente bien considerado». Fueron dos años que cambiaron por completo mi vida y que me permitieron estar al lado de uno de los grandes maestros de la Oftalmología española.

Aquel Servicio bullía. Muchos de los que luego han sido catedráticos eran adjuntos o residentes y el ambiente era especial y en las cenas y en los cumpleaños del «jefe», el 20 de enero, llegaba a ser mágico.

Por fin, en diciembre de 1980, ya se sabía que promocionaría a catedrático y Don Manuel me ofreció su casa para pasar mis últimas semanas en Santiago, sin tener que alquilar un apartamento, que ya entonces eran carísimos. Mi trabajo todas las tardes era atender el teléfono porque los pacientes deseaban tener una cita con él y localizaban su casa, donde suponían que

tenía la consulta. Una tarde llamó una señora: «¿es ahí la consulta del profesor Salorio?». Yo le dije que no, que era su casa y le doy el teléfono del hospital. De pronto, la señora me interrumpió: «¿oiga, le puedo hacer una pregunta?», «Claro señora, la que usted quiera». «¿Me puede decir si es tan bueno como dicen?»

Era muy bueno, y en algunos aspectos admirable.

Luego me vine a Valladolid, por recomendación suya, y aquí sigo. Y no me arrepiento. A lo largo de estos 42 años he mantenido siempre el contacto con él mientras estuvo activo. Es decir, hasta antes de ayer.

En los tiempos, en los que ya tenía dificultades para desplazarse, cogí la costumbre de llamarle muchos domingos por la tarde simplemente para saber cómo estaba. Él contestaba... «siiii... diga» Y yo siempre le decía, «hola Don Manuel, soy el pesado de Valladolid». A partir de ahí nos poníamos mutuamente al día. Y me consta que disfrutaba. Y yo continuaba aprendiendo.

Cuando, a finales de marzo de 1981, saqué la cátedra de Valladolid, los compañeros del Servicio me montaron una cena de despedida y Don Manuel me escribió una de las cartas más bonitas que jamás me han escrito y que, naturalmente, guardo celosamente. Me hizo una muy acertada disección de mi personalidad, me dio algunos consejos y finalmente me citó una frase del Quijote. Me dijo: «nos dejas heridos de punta de ausencia».

Eso hemos sentido muchos de los que pasamos por Santiago y muchos de nuestros colaboradores más jóvenes que solo le conocieron de vista y en congresos. La gran figura alta, rubia, poderosa, impactante de la Oftalmología española se nos ha ido. Y nos ha dejado un vacío que nadie podrá llenar.

Ya no habrá más Procopios, ni el cuervo aconsejará al Santo sobre los más diversos temas de una rabiosa actualidad.

Con él, es mi opinión, se acaba una saga de profesores de Oftalmología que quizás no supieran el significado de las bandas de la OCT, pero que acompañaban sus enseñanzas con una carga de humanismo que nunca volverá a repetirse.

Don Manuel nunca entendió la estadística, ni creo que tuviera ningún seso. Pero tuvo la grandeza de dejar en muchos de nosotros una huella imborrable.

Gracias

93 años de continuo pedalear

Prof. Antonio Piñero

DON Manuel, el Profesor Sánchez Salorio nos ha dejado. Somos muchos los oftalmólogos que hemos disfrutado de él como oftalmólogo, humanista, como intelectual, como escritor y como persona.

Conservo muchos de sus escritos en 'La Voz de Galicia' (Procopio, el cuervo...), entrevistas y misivas a mi padre sobre política, universidad y otros muchos pensamientos. También recuerdo discusiones con Alfredo Domínguez de un alto nivel y pasión, sobre política con las que yo, mucho más joven, disfrutaba. Y también recuerdo el disfrute un día que venía a Sevilla, por estas fechas de primaveras, al ver desde el avión, la verde vega de Carmona: «que rica es esta tierra».

Hombre sensible, de lagrima fácil, que entendió la vida como el disfrute de los momentos, de la profesión, de la amistad en su tierra y en la Oftalmología. En una entrevista decía que «la vida es como un río y hay que dejarse llevar».



Prof. Sánchez Salorio y Prof. Antonio Piñero Carrión. Ría de Bilbao al fondo. 1955.

IN MEMORIAM: PROF. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO



Prof. Sánchez Salorio y Prof. Alfredo Domínguez. Congreso de León 1984.

y «Sé que la vida es como andar en bicicleta y si te paras, te caes», se dejó llevar lentamente y no paró nunca de pedalear durante sus 93 años.

Tuve la suerte de que la amistad con mi padre, desde el año 1954, en el Congreso de Bilbao, hacia solo dos años que había acabado la carrera, me permitiera desde siempre oír hablar de él, la admiración y amistad que se tenían. Hice esa amistad también mía. Dispuesto ante nuestra llamada a venir a Sevilla, disfrutando ante una buena mesa y de la amistad de mi familia.

Estoy seguro de que muchos serán los que mejor que yo lo conocieron y escribirán sobre él, pero estos son los primeros recuerdos que me han venido a la memoria al empezar a escribir estas letras. Que descansen en paz.

Admiración y respeto por un humanista excepcional

Dr. Ramón Lorente

ME resulta muy difícil expresar mis sentimientos sobre alguien a quien has profesado máxima admiración y respeto, quizás heredado de mi padre, con quien mantenía una relación de afecto, al compartir ambos algunas aventuras académicas, y especialmente por la devoción que tenían hacia el Profesor Emilio Díaz-Canela, catedrático de la Universidad de Valladolid.

El Profesor Sánchez Salorio formaba parte del grupo de médicos y científicos experimentados que nunca abandonaron las Humanidades, antiguamente llamadas Ciencias del Espíritu. Como buen lector de Ortega y Gasset, uno de sus escritores favoritos, prefería analizar las ideas recibidas y no simplemente describirlas.

Cátedra - Investigación - Hospital



El Dr. Ramón Lorente le hace entrega al Prof. Sánchez Salorio del primer premio que lleva precisamente su nombre en la Sociedad Gallega de Oftalmología.

«En la docencia, todo lo que no es erotismo es burocracia», y con esta base formó el mejor Servicio de Oftalmología multidisciplinar de Europa. Creador de una escuela pronto conocida en Europa como 'The Baby School of Santiago'. Será suficiente reseñar el número de catedráticos que salieron de esa escuela: 7.

Posteriormente llevó a cabo, junto a su fiel amigo y discípulo Elío, la fundación de INGO (Instituto Gallego de Oftalmología) que, según sus propias palabras, quería tener una cultura propia, basada en la fecundación cruzada entre asistencia e investigación. Por supuesto, lo consiguió.

Desde Orense lo mirábamos con envidia. Los segundos jueves de cada mes organizaban un seminario en el aula del Servicio y se llenaba de oftalmólogos de toda Galicia; durante un par de horas se podía discutir de cualquier tema oftalmológico, y después compartir una cena. La primera vez que fui me presenté

a él, por orden de mi padre, muerto de vergüenza, y no solo me trató con cariño sino que me invitó a la cena. Desde entonces fui adicto a esos jueves. No es de extrañar que, cuando fui presidente de la SGO, las dos primeras decisiones que tomó la Junta Directiva fueron reinstalar los seminarios del jueves y promover el premio Profesor Sánchez Salorio, que consistía en dar una charla de cualquier tema, no necesariamente oftalmológica. Una anécdota de la primera charla: le pregunté al Profesor que a quien le parecía bien que invitáramos y, todo lleno de razón, dijo «pues para la primera yo, ¡quién mejor!» Nos reímos y así fue. He de reconocer que una de las mayores alegrías que he tenido ha sido que la actual Junta me invitara a dar la última charla.

Escritor

Le gustaba escribir tanto de temas oftalmológicos como de otra índole. Eran famosos sus artículos semanales en 'La Voz de Galicia', «El zaguán del sábado» o mensuales. Utilizaba dos pseudónimos: Doktor Pseudonimus o Procopio, y con personajes de ficción inolvidables como Corvus Corax, «antiguo agente del Vietcong». Cuando salían publicados te mandaba una copia firmada, y le gustaba que le contestaras qué te había parecido. Hace un par de años muchos de estos artículos los recogió en un libro titulado 'La lección del sábado', que tuve el honor de presentar en Ourense.

Era posiblemente uno de los mejores oftalmólogos prologando libros. Nosotros tuvimos la inmensa suerte que nos prologó el libro 'Catarata & Glaucoma' de la SECOIR, y que tituló «Manos, cabeza y corazón», que era lo que para él marcaba la diferencia de un buen cirujano y que los anglosajones llaman la triple H: «HANDS, HEAD, HEART». Sus múltiples libros científicos son de todos conocidos.

Orador

Como orador era especial; podía estar una hora hablando mezclando temas y mantener la atención de todo el auditorio.

Su capacidad para dar una charla sin tenerla preparada era de las cosas que más me llamaban la atención; siempre recordaré la que nos dio en el desierto, cerca de Petra, a la luz de la luna y el cielo lleno de estrellas. Era otra época de la Medicina.

Gran lector de todo: poesía, libros o lectura en sí, pero, a poder ser, en «habitación propia, sin intermediaciones ni ruidos». Como él afirmaba: «No ha habido un día en mi vida que no haya estudiado».

Amigo

Como consejero no tenía precio. Llegó un momento que le preguntaba cualquier decisión que tenía que tomar; por ejemplo, cuando Javier y yo decidimos presentarnos para hacer la ponencia del 2004-2008 de la SEO, y le pregunté que qué le parecía, o si era una barbaridad. Dijo que no, que le parecía muy bien y que lo presentaría él ante la Directiva de la SEO.

Asimismo, siempre le agradeceré cuando hicieron un homenaje en Valladolid a mi padre por su fallecimiento, a donde fuimos en coche con Antonio Piñero, tristemente fallecido y añorado, y nos dio una charla magnífica.

El Covid nos trastocó una ilusión común, que era organizar el Congreso Nacional de la SEO en Santiago de Compostela, planificado para 2020 y que tuvo que ser pospuesto para 2025, pero que ya no será lo mismo.

Pero, lo que más me impresionó de un hombre que no tenía un minuto libre es que jugara al golf... y encima consiguiera ganar el Trofeo Rolex, el trofeo más perseguido por todos los jugadores amateurs. Aunque me parece injusto, te lo perdono.

Gracias Manolo por todo, me hubiera gustado haber sido discípulo tuyo, aunque en parte sí que lo fui.

Aglutinador de profesionales y difusor de conocimiento

Dr. Alfonso Arias

EL jueves 16 de marzo de 2023, tercer jueves de mes, a los 93 años de edad, falleció Don Manuel Sánchez Salorio. La prensa recoge la noticia señalándolo como oftalmólogo humanista, Catedrático de Oftalmología de la Universidad de Santiago de Compostela y creador de una Escuela de Oftalmología que ha exportado numerosos catedráticos y jefes de servicio por toda la geografía española, así como Presidente de la Sociedad Española de Oftalmología, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Coimbra, Medalla de Oro de Galicia, Premio Castelao, Medalla de Oro del Instituto Barraquer y Medalla de Oro y Brillantes del Colegio de Médicos de La Coruña. A los que tuvimos la fortuna de conocerlo y disfrutarlo personalmente cualquiera de estas referencias se nos queda corta y no refleja lo que fue su inabarcable figura.

A mi maestro, Don Julián García Sánchez, siempre le estaré agradecido por llevarnos a un grupo de sus discípulos, allá por el año 1986, a conocer «in situ» la Escuela de su maestro, el Profesor Sánchez Salorio. En aquel viaje «a las fuentes», en palabras de Don Julián, conocimos a Don Manuel, el Patrón, como le llamaban los que en aquel entonces formaban la cátedra y su Servicio de Oftalmología. Allí estaban Juan Durán de la Colina, Carmela Capeans, Francisco Gómez Ulla, Pepe Fernández Vigo, Pepe Pérez Moreiras, Sagrario Maroto, entre otros muchos. Ese viaje nos dejó una impronta durante toda nuestra vida y propició una relación ininterrumpida hasta el final.

IN MEMORIAM: PROF. MANUEL SÁNCHEZ SALORIO



De izda. a dcha. Dr. Virgilio Centurión, Prof. Alfredo Domínguez, Prof. Manuel Sánchez Salorio, Dr. Alfonso Arias y Dr. Fernando Gómez de Liaño.

En su aportación a la Oftalmología española, además de sus numerosas publicaciones científicas, creo que hay que destacar su papel como aglutinador de profesionales y difusor de conocimiento. La docencia, en el más amplio sentido del término, era su vocación y su pasión. Comentaba que quedó cautivado, en segundo de carrera, en clase de Fisiología, cuando conoció al Profesor Ramón Domínguez. Se convirtió en su modelo y, desde ese momento, supo que su vocación estaría siempre ligada a la Docencia. Fue catedrático de Oftalmología a los 30 años de edad, puso en marcha su Baby School, el germen de lo que después sería su ingente escuela. Le gustaba decir que «en docencia, todo lo que no es erotismo es burocracia» y citaba a Salinas, de memoria por supuesto, en 'La voz a ti debida', con los versos que para él definían la docencia: es que quiero sacar/ de ti tu mejor tú. / Ese que tú no viste y yo veo/ y cogelo/ y tenerlo yo en alto como tiene/ el árbol la luz última/ que le ha encontrado al sol.

Creó los Seminarios de la Cátedra, donde mensualmente se presentaban, no solo al Servicio sino a toda la comunidad oftalmológica, los temas de mayor interés del momento. Eran puntos de encuentro no solo profesional si no de pertenencia a una comunidad científica. Esos seminarios se replicaron por toda la geografía española siguiendo su estela y siguen siendo la referencia de muchas cátedras.

Creó firmemente en el papel que la investigación debía tener en la actividad del oftalmólogo y se adelantó creando el Instituto Gallego de Oftalmología como centro que fusionara la actividad asistencial con la investigadora de alto nivel. Fue uno de los impulsores de las Redes Temáticas de Investigación Cooperativa en Salud (RETICS) en Oftalmología. Decía que «prefería un proyecto a un recuerdo». Siempre tenía la mirada puesta al frente, buscando nuevas propuestas a realizar. En una de las últimas conversaciones que tuve con él, días antes de fallecer, se quejaba de que estaba alejado de la Oftalmología y me preguntaba por dónde iban los tiros en estos momentos, qué novedades había y «cómo estaba el patio».

Decía al principio que las referencias profesionales se quedan cortas y es que su figura humana rebasaba con creces a la profesional. Don Manuel forma parte de esa estirpe de médicos y científicos que siempre cultivaron las humanidades. Su formación intelectual, que iba desde los autores clásicos antiguos a los más recientes de la alta cultura europea, como le gustaba decir de Maquiavelo, Goethe, Kant, Ortega, Unamuno, Popper, Steiner, y otros muchos, le hacía tener una mirada hacia el mundo siempre original y siempre reflexiva. Le gustaba más analizar que definir. Prefería plantear las preguntas a dar directamente las respuestas. En estos tiempos de inteligencia artificial, seguro que diría que, a diferencia de la filosofía, la inteligencia artificial solo da respuestas. En sus escritos no oftalmológicos está recogida toda esta filosofía de vida. Sus colaboraciones literarias en 'La Voz de Galicia' a través de Corvus Corax nos ofrecían una mirada crítica, a veces socarrona, y siempre inteligente y culta, sobre cuestiones políticas, de actualidad o simplemente de inquietudes. Tenía una habilidad encomiable para poner a dialogar a los autores clásicos con los problemas actuales y dar a través de Corvus, nunca mejor dicho, una visión de altura sobre el tema.

Esta combinación de excelente profesional y erudito hacía que los viajes con él se convirtieran en una experiencia de vida. Recuerdo los viajes a ARVO, primero a Sarasota y luego a Fort Lauderdale, donde al finalizar el día nos convocaba en la playa a hacer una «puesta en común» de lo que cada uno de nosotros había visto para potenciar más el aprovechamiento del congreso. Este seminario improvisado en bañador se convirtió, con los años, en una de las mejores actividades de ARVO. A partir de aquí continuaban las cenas interminables, donde nos cautivaba con su conversación y donde el profesor se convertía en tertuliano inagotable. La hora nunca fue un obstáculo para él. A altas horas de la madrugada sentenciaba: «el mundo es de los que no dormimos» y seguíamos como si no hubiera mañana.

En una entrevista la periodista le pide un consejo y responde: «prefiero siempre un ejemplo a un consejo». Esa frase en el contexto de su vida ha sido el eje de su trayectoria. Para los que le conocimos ha sido un ejemplo profesional e intelectual. Ejemplo inabarcable e inaccesible por su magnitud, pero desde luego sin duda un modelo. En uno de sus discursos citaba a Platón: «doy gracias a Dios por haber nacido griego y no bárbaro, libre y no esclavo, pero por encima de todo le agradezco haber nacido en el siglo de Sócrates». Creo que los que hemos tenido la fortuna de haberle disfrutado en vida podíamos cambiar en la frase Sócrates por Salorio.

La pandemia por Covid le privó de uno de los momentos que más felicidad le hubiera proporcionado en sus últimos años, el merecido homenaje que la Sociedad Española de Oftalmología le tenía preparado en el Congreso de Santiago de Compostela. Hubiera sido el colofón perfecto a su larga y fructífera trayectoria. No ha habido tiempo para hacerlo y sirvan estas palabras y las de otros muchos que ahora le recordamos como reconocimiento a su figura.

Muchas gracias por ser Don Manuel, el Profesor Sánchez Salorio, el Doctor Pseudonimus,, Procopio y por haber sido el gigante que nos ha permitido ver sobre sus hombros el horizonte.

A partir de ahora, Corvus seguirá volando sin duda sobre los tejados de Santiago de Compostela y por su querida Galicia. Seguirá paseando su mirada crítica y socarrona sobre la vida, pero desgraciadamente no tendrá quien le escriba.

Los Nietos del Profesor Sánchez Salorio

Prof. Miguel Á. Zato

CONOCÍ al Profesor Sánchez Salorio recién acabada mi formación como oftalmólogo al final de los años setenta del siglo pasado, cuando comencé a trabajar con mi maestro en Madrid, como profesor ayudante de clases prácticas, en el Congreso de la Sociedad Española de Oftalmología, en Santiago de Compostela. Perteneczo pues a los discípulos llamados nietos, es decir de segunda generación, de los discípulos de la denominada entonces Escuela Gallega de Oftalmología y que pasamos a denominarnos la Escuela de Madrid del Profesor García Sánchez. Conocía pues, por boca de su discípulo, las características personales del Doctor Salorio.

Desde su conocimiento, me impresionó por supuesto la gran formación de Oftalmología general que tenía, pero sobre todo su capacidad de síntesis y oratoria en los temas oftalmológicos en los que se introducía. No obstante, fue su formación personal y su personalidad la que me sedujo rápidamente. Su conversación sobre cualquier tema social, y no solamente los profesionales, era realmente apasionante; representaba el arquetipo del catedrático clásico, sólido en sus conocimientos y no solo de su disciplina, sino también de todos los aspectos culturales que debe dominar un profesor universitario abierto a las novedades y, sobre todo, con un amor llamativo hacia todo el ámbito universitario, en todas sus facetas.

Mi amistad personal a lo largo de los años con él fue progresando con el tiempo y, de vez en cuando, conversábamos telefónicamente o en las numerosas veces que coincidíamos en las reuniones oftalmológicas, primero como alumno de su discípulo y después, al ir progresando en mi carrera universitaria, como profesor adjunto y, años más tarde, como catedrático, aconsejándome o dando su opinión, incluso personal, sobre los distintos avatares de mi vida profesional.

Fue un orgullo y privilegio para mí proponerle para el 1.º Premio Daza Valdés, que otorgaba la Universidad Autónoma de Madrid a personas de relevancia en el ámbito del desarrollo de las ciencias visuales en España.

Como siempre, su discurso fue apasionante: «El Ocaso de una Profesión», ya que coincidió dicho premio con su jubilación como Profesor Universitario. Del mismo, he aprovechado y tomado muchos consejos a la hora de llegar a la misma situación. Sirva esta fotografía como testimonio de mi admiración y gratitud por todo lo que hizo por la Oftalmología española y por toda la amistad recibida por su parte.

Gracias Maestro, descansen en paz

Prof. Dr. Miguel Zato. Un discípulo Nieto



El Prof. Miguel Ángel Zato hace entrega del Premio Nacional Daza Valdés 2001 al Prof. Manuel Sánchez Salorio.